

Una antología de Alberto Flores Galindo

"El pensamiento comunista": Gritos y susurros

por PETER ELMORE

A fines de los años 20, en el Perú, vieron la luz dos proyectos populares que marchaban por rumbos y estrategias diferentes: el APRA y el Partido Socialista de José Carlos Mariátegui insurgían contra un país oficial y oligárquico que no había tolerado siquiera el moderado populismo de Billinghurst. Los apristas con una vocación reformista y los socialistas marxistas con un aliento revolucionario, lo cierto es que ambos grupos imaginaban un Perú totalmente distinto del que les había tocado en mala suerte.

Hoy, más de cincuenta años más tarde, constatamos que los cambios sociales han procedido más del propio impulso modernizador del capitalismo que de la acción organizada de los partidos; y, por otra parte, es imposible —más allá de las siglas— considerar que existe una consistente continuidad entre los ardores progresistas de aquellos tiempos de fundación y la actualidad, en la que tanto apristas como comunistas se amparan en la institucionalidad existente y rehuyen cualquier aventura que implique movilización activa de los trabajadores. En fin, se puede alegar que estos grupos han alcanzado la madurez —eso es cuestión de valoraciones personales— pero de todas maneras es indispensable revisar su itinerario, su pasado, para saber cuál es la significación real de su actual estado.

El APRA ha sido objeto de numerosos estudios históricos —de adversarios como de apologistas— pero el comunismo peruano cuenta tan sólo con los documentos recogidos por Martínez de la Torre en *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú*, que comenzó a publicarse en 1947. Por eso resulta de gran trascendencia la publicación de *El pensamiento comunista*, de Alberto Flores Galindo, que junto a la excelente introducción aporta un buen número de textos casi desconocidos —la ultraizquierdista plataforma electoral de 1931, elaborada en la época de apogeo de Eudocio Ravines, a la vez que las resoluciones del Congreso Nacional de 1942 en el que se acordó "el apoyo a Manuel Prado y sus colaboradores progresistas y democráticos"—. Los textos hablan por sí mismos de las disrupciones e incongruencias del grupo que ha seguido a la ortodoxia soviética y del cual se han bifurcado otras organizaciones izquierdistas, especialmente a partir de los años 60; esta historia a través de las propias declaraciones —de algún modo, se trata de una involuntaria autobiografía— tiene valor más que por el propio Partido Comunista tal como lo conocemos en la actualidad por lo que ha significado como fuente originaria de nuevas respuestas, aunque no podemos olvidar que también del propio partido aprista proceden grupos de extrema izquierda. El PC cuenta hoy con una reducida y puntual clientela electoral, es cierto, pero gran parte de lo que es la izquierda nueva se debe a él.

La izquierda le debe, por ejemplo, su proverbial falta de memoria histórica, su carencia de tradiciones. Y es que luego de la muerte de Mariátegui —olvidado por el PC hasta los años 40, en que Jorge del Prado lo exhuma y lo convierte en dócil figura del "marxismo-leninismo-stalinismo"— y antes de las fallidas luchas guerrilleras del 65 —que, por supuesto, el PC condenó por "ultraizquierdista"— se abre un lapso que se ha preferido olvidar, un lapso que va desde el desmontaje de un partido que era una real fuerza de masas en los meses posteriores a la muerte de Mariátegui hasta su conversión en una infima secta que dejó las expectativas populares

en manos del aprismo. Un lapso en el que se acató religiosamente toda variación táctica decretada por la III Internacional controlada por Stalin, sin importar en lo más mínimo la coherencia: es así que en los textos correspondientes al periodo 1930-1934, el PC sostiene bajo la batuta de Ravines un pertinaz sectarismo que procede de la línea impuesta por la Internacional en aquellos años —la denominada línea de "clase contra clase", que condujo a calificar de "social-fascista" a la social democracia—; súbitamente, esa línea se abandona en pro de otra diametralmente opuesta, la del "Frente Popular", que la Internacional adoptó en 1935. Los

anteriores excesos fueron suplidos con una política de subordinación a las burguesías nacionales, en la que los comunistas defienden la "Unidad Nacional" y hacen retóricas protestas de patriotismo y "amor a la democracia". Estos drásticos virajes no podían justificarse sino mediante el linchamiento político del anterior líder, ya que la volubilidad de las posiciones comunistas era decidida por el propio e infalible Stalin —dicho sea de paso, hubiera sido interesante leer algún documento comunista de 1938, cuando se dio el infamante pacto Hitler-Stalin—. Por ello, el culpable del ultraizquierdismo entre los años 30 al 34 resultó ser Eudocio Ravines, quien no fue sino un dócil y disciplinado agente de la Internacional; más aún, el ultraizquierdismo le fue achacado al trotskismo supuesto de quien había dicho de aquella corriente que "era en esencia contrarrevolucionaria". De paso pensemos, como sugiere Flores Galindo, en el Ravines de aquella época y no en el que murió frecuentando el más trasnochado y vulgar anticomunismo. En todo caso, es más bien obvio que Mariátegui ha tenido poco o nada que ver con la ulterior evolución del Partido Comunista —el cual, como es sabido, no fundó con ese nombre ni con esa estructura—. Cuando Del Prado inició en los años 40 la "reivindicación" de Mariátegui hizo algo extraordinariamente similar a lo que Togliatti haría luego con Antonio Gramsci; resucitaría una imagen a costa de ocultar lo que de creativo y subversivo tenía el hombre, el revolucionario.

El libro va tan sólo desde los antecedentes del movimiento comunista peruano hasta 1945, año en que el PC deja de ser una presencia monopólica en la izquierda peruana, dos años después que Stalin decretó la disolución de aquella Internacional que Lenin fundó en 1919 para organizar la revolución a nivel mundial. Pero los tiempos románticos habían cedido su lugar a una nueva etapa en la que el mundo sería repartido en las zonas de influencia que delimitó el acuerdo de Yalta, posterior a la derrota del nazismo.

Alberto Flores Galindo, uno de los mejores historiadores jóvenes peruanos, ha proseguido con esta Antología del pensamiento comunista la trocha abierta con su esclarecedor *La agonía de Mariátegui*; su esfuerzo tiene más valor si tomamos en cuenta que en nuestro país aún tenemos la costumbre de callar verdades incómodas. Y gran parte de los textos incluidos en esta Antología, constituyen verdades incómodas para una izquierda desmemoriada cuyo pasado ha tenido algo de épica, ciertamente, pero también demasiado de servilismo y torpeza dogmática. Sirvan estas evidencias para que su futuro sea, por lo menos, diferente.

* *El pensamiento comunista*. Alberto Flores Galindo. Antología. Biblioteca del pensamiento peruano. Mosca Azul Editores; Abril 1982.



José Carlos Mariátegui